

Destierra los mortales
 Recelos tristes de la muerte negra;
 Y al piélagos revuelto
 En paz lo deja, y en quietud resuelto.
 Pierde su furia el viento,
 Huyen las nubes su presencia santa,
 Y el húmedo elemento,
 Que en valientes escollos se quebranta,
 Muestra con alegría
 Sus ondas de luciente argentería.
 Pensando estoy dudoso
 Si tras de aquestos cantaré primero
 Al bravo y belicoso
 Rómulo, ó de Pompilio rey severo,
 Pacífico y divino,
 O el imperio soberbio de Tarquino.
 O si del atrevido
 Catón diré la honrosa y dura muerte;
 Con pecho agradecido
 También la lastimosa indigna suerte
 De Marco Atilio digo,
 Que fe guardó y palabra á su enemigo.
 Y cantarán mis versos
 A los escuros graves y constantes
 En mil casos adversos,
 Y al cónsul Paulo en otros semejantes,
 El cual con pecho ufano
 Dió la vida al furor del africano.
 A Fabricio y Camilo,
 Y á Curio, de cabellos mal peinados,
 Diré en el mismo estilo;
 Los cuales fueron en la guerra osados,
 Y sin temer baja,
 Se honraron con el áspera pobreza.
 La fama de Marcelo
 Cual árbol en oculto tiempo crece,
 Y de Julio en el cielo
 La estrella entre las otras resplandece,
 Como entre otras estrellas
 La clara luna con sus luces bellas.
 ¡Oh hijo omnipotente
 Del padre antiguo! ¡Oh padre, fiel reparo
 De aquesta humana gente!
 Tú del gran César tienes el amparo.
 Gobierna pues el mundo,
 Siendo rey, César y señor segundo.
 O ya los partos bravos,
 Que están á Italia siempre amenazando,
 Como á viles esclavos
 Sujete al yugo de su fuerza y mando,
 O ya de la india gente,
 O de los seras triunfe en el Oriente.
 Que rigiendo la tierra,
 Será inferior á tí de buena gana,
 Y tú moverás guerra
 Con truenos de potencia soberana,
 Y tú harás castigos,
 Arrojando mil rayos enemigos.

ODA VI.

Pastor quum traheret per preta navibus, etc.

El pastor fementido,
 París, al tiempo que iba el mar surcando,
 Contento y engraido,
 Con sus ligeras naves, y llevando
 A Elena, hecho ultraje
 A la debida fe del hospedaje;
 Al inquieto viento
 En este punto sosegó Nereo,
 Y dijo el triste cuento
 Y amargos fines de aquel hecho feo,
 Y los funestos hados
 A Troya por tan grande mal guardados.
 «¿Cómo con mal agüero
 Llevas á la mujer de ajena casa?
 ¡Ay! ¡cuánto griego fiero
 Conjurado, sin número y sin tasa,
 Te romperá el contento
 Y deshará tu infame casamiento!
 De Priamo el imperio

Antiguo, noble, rico y celebrado
 Caerá con vituperio.
 ¡Ay! ¡qué sudor y aprieto está guardado
 A muchos escuadrones
 De caballos y de inclitos varones!
 Y ¡qué espantoso estrago
 Mueves á la troyana triste gente!
 De tu traición el pago
 Verás muy presto; que Belona ardiente
 Ya apercibe celada,
 Escudo y carro, y rabia ensangrentada.
 En vano confiado
 En el auxilio de tu Vénus fiera,
 Ufano y descuidado,
 Peinarás la cabeza lisonjera,
 Y en lira blanca y verso
 Darás solaz al tierno sexo adverso.
 También huirás en vano
 Las muy pesadas armas inquietas
 Al tálamo profano,
 Y del cretense fiero las saetas,
 Y el temeroso estruendo
 De Ajax ligero, que te irá siguiendo,
 Mas ¡ay! que al fin revueltos
 Verás esos cabellos muy peinados,
 Y en polvo y sangre envueltos!
 ¡No ves tantos arides fabricados,
 Y al hijo de Laerte,
 Que será de tu patria total muerte?
 ¡No ves al prudentísimo
 Néstor, y cómo el tencero Salamino,
 Y el otro sapientísimo
 Es Tenelo, en batallas peregrino,
 Que el carro va guiando,
 Que con redondas alas va bogando?
 ¡Te siguen con horrendo
 Furor en triste y temeroso trance?
 ¡No escuchas el estruendo
 De Merion, que ya te va al alcance,
 Y al hijo de Tideo,
 Rabiando por ganar de tí el trofeo?
 A Diomedes digo,
 Mas que su padre fuerte y más valiente,
 Del cual bravo enemigo
 Con pecho mujerial cobardemente
 Huirás, cual tierna cierva,
 Que viendo al lobo olvida pasto y yerba.
 ¡No prometías esto
 A Elena cuando echabas mil blasones
 Con amoroso gesto,
 Y aún que la armada y fuertes escuadrones
 De Aquiles enojado
 Dilatarán de Troya el triste hado?
 Después de nueve años
 El fuego griego, á quien tu amor atiza,
 Ardiendo por engaños,
 A la alta Troya volverá en ceniza,
 Y quedará desierta,
 De negros humos y de hollin cubierta.

ODA VII.

Vélox amœnum saepe lucretilem, etc.

De su dulce acogida,
 Que en el Liceo monte el Fauno tiene,
 Con ligera corrida
 Al suelo fértil de Lucretile viene,
 Para tomar contento
 En este dulce sitio y fresco viento.
 Este lugar defiende
 Mis cabras siempre del fogoso estío;
 Tampoco les ofende
 Aquí la fría escarcha ni rocío,
 Ni los recios inviernos
 Pueden dañar los corderillos tiernos.
 Seguramente pacen,
 Buscando aquí y allí las tiernas gramas
 Que en este bosque nacen,
 El citiso y tomillo, y otras ramas,
 Que á las cabras engruesan
 Y de sustancia y leche las retesan,

Y dad incienso al fuego,
 Que la víctima hecha vendrá luégo.

ODA IX.

TRADUCCION LIBRE DE UNA DE SAFO, ETC.

¡Salve, Vénus hermosa,
 La más dulce maestra
 De amor en la palestra,
 De Jove hija preciosa,
 Cuyo númen sagrado
 En tantas aras siempre fué invocado!
 ¡Salve! y mi voz atiende;
 No dejes que á millares
 Me maten los pesares;
 Antes acá descende,
 Cual un tiempo solias
 Grata acudir á las plegarias mias,
 Movida de mi ruego
 Tal vez á mí bajaste,
 Tal vez por mí dejaste
 El celestial sosiego
 Que del gran Padre amado
 Gozastes en alcázar estrellado.
 Yo vi en ligero vuelo
 Tirar tu carro uncidas
 Tus aves más queridas,
 Y descender del cielo,
 Cortando con sus alas
 Del aire vago las etéreas salas.
 Y cuando á mí llegabas
 Tú misma, ¡oh dulce diosa!
 Con vista cariñosa,
 Que risas de amor dabas,
 La causa me pedías
 Del dolor que en mi rostro conocías.
 ¡Por cuál razon demando
 Tu auxilio sin sosiego,
 Quien á mi dulce ruego
 Quiera atraer más blando,
 O á quien prender queria
 En las amantes redes que tendía?
 Acuérdomo cuán grata
 Me dijo allí tu boca:
 «¿Quién tu furor provoca?
 Mi bien, ¿quién te maltrata?
 Si hubiere quien por caso
 Huya de ti, tras tí volverá el paso.
 Si no recibes dones,
 Los dará afectuoso;
 Si es libre y desdenoso,
 Veráse en tus prisiones;
 Si sin amor le vieres,
 Luégo amarás, y hará cuanto quisieres.»
 Vén, ¡oh de amor princesa!
 Vén, vén, como solias
 En los antiguos dias,
 Pues tu deidad no cesa;
 Vén, y libra mi vida,
 De insufribles tormentos oprimida,
 Vén, y en tan fuerte instante
 Tu auxilio en mí se vea;
 Cumple lo que desea
 Mi corazón amante;
 Y en mi favor armada,
 Conmigo mire tu deidad sagrada,

SILVAS.

SILVA PRIMERA.

Á LA PIEDAD.

¡Cuál otro digno objeto,
 En la gran copia de gratuitos dones
 Que ilustran la razon, llegó al respeto
 Que tú, Piedad santísima, me impones?
 Tú principio serás de mis canciones;

Apriscos y rediles,
 Do están los cabritillos encerrados,
 No temen las sutiles
 Mordeduras de sierpes ni pintados
 Lagartos, ni los robos
 Que hacer suelen los hambrientos lobos.
 ¡Oh Tindaris hermosa!
 Cuando mi dulce caramillo suena,
 El valle y selva umbrósa
 Y el monte Ustica en derredor resuena;
 El monte á cuya cumbre
 Se sube sin trabajo y pesadumbre.
 Su gracia y alegría
 Me aspira Dios, y mi piedad le agrada,
 Y aquesta musa mía;
 De aquí la copia gozarás colmada,
 Que aquí derrama el cuerno
 Benignamente flor y fruto tierno.
 En este valle y flores
 Huirás de la canícula el gran fuego,
 Y cantarás amores
 Con la sonora cítara del griego
 Poeta Anacreonta,
 Que entre amorosos cisnes se remonta.
 Cantarás las pasiones
 De Penélope y Circe, y los recelos
 De entrambos corazones,
 Y de una y otra los rabiosos celos;
 Que cada cual muy fuerte
 Trabaja por el hijo de Laerte.
 A la sombra holgando,
 Agotarás aquí los vasos llenos
 Del vino lesbio blando,
 Y el padre Baco y Marte, muy serenos,
 Quietos, amorosos,
 No mezclarán combates sanguinosos.
 Ni celos inhumanos
 De Ciro, tu protervo y duro amante,
 Ni las violentas manos
 Temerás del villano, que delante
 Te quite la guirnalda,
 Y airado rasgue tu inocente falda.

ODA VIII.

Mater sæva cupidinum, etc.

La madre cruel ufana
 De los amores, y el mozuco fuerte
 De Semeles tebana,
 Y el ocio (que es de las virtudes muerto)
 Me impelen vuelta luégo
 Al amoroso ya dejado juego.
 El rostro bello y claro,
 Y la tez más bruniada y espejada
 Que mármoles de Paro,
 De mi Glicera dulce enamorada,
 Me enciende en blanda llama,
 Y en su veneno mismo amor me inflama.
 Enciéndeme el sentido
 Su gracia y natural desenvoltura,
 Y el melindre atrevido,
 Y del semblante tanta hermosura,
 Que el que á mirarla empieza,
 Con ojos, alma y corazón tropieza.
 Dejó á su Chipre amada
 Vénus, y edificar su templo quiso,
 Y hacer su morada
 En mi pecho, su antiguo paraíso,
 Y tiéneme ocupado,
 Ajeno de cualquiera otro cuidado.
 No consiente que cante
 Del indómrito scita, bravo y fiero,
 El osado semblante;
 Ni al animoso parto, que ligero
 Revuelve y espolea
 Al caballo, y huyendo más pelea.
 Ponedme, pues, las aras,
 Aquí esparcidme rosas y verbenas;
 Vaciad las copas claras,
 De ardiente licor llenas,

Tú, que de mis cuidados
Siempre fuiste el primero, virtud santa;
Pues tu eficacia es tanta,
Que ser á ti negados
Los hijos de la tierra mal podrémos.
Tú, entre todos los grados
De superior valor y de excelencia
Que en los mortales vemos,
A nuestros dulces padres mandas demos
Con frente humilde, honor y reverencia.
Pero ¡cuál elocuencia,
Cuál fuerte voz de cuanto les debemos
Ponderará un traslado?
Ser, vida, luz, crianza, amor, cuidado,
Arrimo, nombre y honra se les debe,
Que jamas les podrá ser bien pagado.
Y habrá quien, desalmado,
A no rendirles este honor se atreve?
No es mío, no, creer que por ventura
Se pudo autorizar tal desmesura.
Cualquier culpa en el hombre fuera leve
En comparación de ésta,
Cual de eternals rayos coronada,
La divina razón lo manifiesta.
¿Cuál ley, cuál tradición más propagada
Por una antigüedad de años prolijos,
El mundo usó en sus hijos,
Sin que en cada interior ser radicada
La nación más remota,
Por su barbarie insólita, lo estorbe?
Ponedme, pues, del orbe
La más ciega é idiota,
Y si por caso duda se os ofrece
De que sin Dios ó ley á vivir llega,
No digais que el honor al padre niega;
Que á todos Témis santa con luz pura
Los guía y asegura;
Que como el que atesora, en bienes crece
Quien honra da á su madre,
Y el recibir la bendición del padre,
La casa de los hijos fortalece,
Dónde eterna es la gloria,
Y sin fin en los buenos su memoria.
Empero aquel cual humo desaparece,
Y es siempre ignominioso,
Que ingrato los oprima;
Y en maldición, el que los desestima,
En el cerco de nubes espantoso
Verá apagarse arrebatadamente
Su luz, quien fuere de ellos maldiciente.
Y ¡ojalá que los ojos que á su padre
Fisgan, ó miran torpes á su madre,
Arranquen fieros cuervos, y sangrientos
Los coman pollos de águilas hambrientos!
Yo en el polvo mi labio
Pondré, noble Piedad, por respetarte,
Seguirte y pregonarte,
Pues bajo el cielo igual á tí no tienes,
Ni otra cual tú deudora á tantos bienes.
Bella virtud, ¡cuál sabio
Gentílico en tu elogio no se alarga?
¿Qué oráculo creído
A no ensalzar tu gloria se ha atrevido?
¿Qué! ¡por dicha no encarga
Tu guarda el inmortal? Quien resplandece
Sobre el más alto querubín, ¡no ofrece
Vida en retorno larga,
Vida que con sus dádivas bastece?
¿Quién, pues, te negará, virtud divina,
El sólido candor de tu doctrina?
¡Oh! vén, luz grata, ¡oh! séllate en mi frente;
Seré á quien debo más, más reverente.

SILVA II.

DE LA CONGRATULACION.

¿Qué bien hay que no iguales,
O sin tí, quién mejor las almas sella,
Congratulación bella,
Que de un noble y divino pecho sales?
Tú eres, prenda feliz de los mortales,

La que has establecido
Que del próspero bien en que miremos
Otro hombre bastecido
Con muestras de placer nos alegremos.
Si á los miembros que vemos
A un mortal cuerpo unidos, nadie veda
Que el bien del uno en gozo de otro ceda;
Si el simple amor de ser conciudadanos
Atrae á los humanos;
Los que en virtud unidos
Por tí se ven con vínculo más fuerte,
¿Placer no habrán de la dichosa suerte
En que ven á sus prójimos queridos?
Así que este tu gozo es fruto amable
Del Ser sumo inefable;
Gozo, sí, gozo, y no del bien profano
Y sólo en la apariencia, que ése es vano;
Mas del que á un fin honesto se endereza,
Puro placer sin mezcla de tristeza
Ni resabio de envidia,
Falaz en persuadir que otra ventaja
Deslumbra nuestro mérito y lo ultraja,
Cual la piedra brillante
Ejemplo da, pues nunca se fastidia,
Ni se muestra con pálido semblante,
Por ver al rubio sol más claro que ella;
Que ántes se rie y lumbré da más bella.
Pero sin tí, ¡oh virtud! ¿qué no es la envidia?
Es pálido pesar del gozo ajeno,
Que en el pecho del malo siempre lidia,
Derramando pestífero veneno.
Crimen de abrojos lleno,
Y el más nocivo, pues que descontenta
Al alma que le abraza, y la atormenta.
Cuando naturaleza se complace
Con el ajeno bien, no al sol la luna
Envidia su fortuna,
Ni los ríos al mar; que ántes les place
Gozar el bello grado
Que á cada cosa el Inmortal le ha dado.
Así, cuando otro gozo en tí no hubiera,
¡Oh divino placer! por el crecido
Gozo que das al ánimo abatido,
Solicito debiera
Templarse en tu alegría;
Que el gusano que cria
Dentro sí el leño, roe sus entrañas
Hasta que le destruye; así las sañas
Del envidioso son; tal fué la vía
Del fratricida, que la tierra fría
Tifó la primer vez de humor sangriento.
Pero, virtud graciosa, ¿qué tormento
Causaste tú, ó qué bárbaro destrozo
El que á tu beneplácito procede?
¿Quién tal pensó? Otro gozo,
Otra quietud más grata, otro alborozo
Por tí se le concede,
Que el malo y su maldad quitar no puede;
Gozo puro, sin mezcla de tristeza.
Así, ¡oh precioso dón! ¿quién tu nobleza
Podrá de hoy más no amar? ó ¿tú olvidada
Serás de mi deseo?
No, virtud; que en mis brazos ya te veo
Darme ósculos de paz. Venid, humanos;
Que la prenda del cielo más preciada
A ninguno es negada.
¡Oh! cante yo sus dones soberanos,
Y alégrese conmigo mis hermanos.

FRAGMENTOS.

VIRTUD MILITAR.

La Virtud militar aquí se advierte,
Su hermoso rostro ardiendo en vivas llamas,
Y las garzas del yelmo al viento ondeando,
Brillar su peto de ásperas escamas,
Asiendo de una mano el asta fuerte,
Y en la otra el pavés cóncavo abrazando:
Veloz discurre hácia uno y otro bando,
Y entrando por los gruesos batallones,
Los blandos corazones

Luégo, luégo á lid bélica movía,
Atizando el incendio que ya ardía
En las contrarias bélicas naciones.
Así que, en rencor, iras, odios, sañas,
De unos y de otros hierven las entrañas.

FUROR BÉLICO.

En esto el Furor bélico, indignado,
Sobre un carro agilísimo rodante
Las ligeras cuadrigas impeliendo,
De furias cruellísimas cercado,
De pié á cabeza armado de diamante,
Acá y allá furioso va corriendo;
Con jamas visto estrepitoso estruendo
Por entre los atletas gira agudo,
Y con brazo membrudo,
Que hace crujir el animoso viento,
Ora juega el estoque violento,
Ora rebate el fulminante escudo,

TROVAS.

ODA DE FRAY LUIS DE LEON.

PROFECÍA DEL TAJO.

Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera
Del Tajo, sin testigo;
El pecho sacó fuera
El río, y le habló de esta manera:
«En mal punto te goceas,
Injusto forzador; que ya el sonido
Oigo yo, y las voces,
Las armas y el bramido
De Marte, de furor y ardor ceñido.
» ¡Ay, esa tu alegría
Qué llantos acarrea! y esa hermosa
Que vió el sol en mal día,
A España ¡ay, cuán llorosa,
Y al cetro de los godos cuán costosa!
» Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males,
Entre tus brazos cierras
Trabajos inmortales
A tí y á tus vasallos naturales;
» A los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, ó Lusitania,
A toda la espaciosa y triste España.
Ya dende Cádiz llama
El injuriado Conde, á la venganza
Atento, y no á la fama,
La bárbara pujanza,
En quien, para tu daño, no hay tardanza.
» Oye que el cielo toca
Con temeroso són la trompa fiera,
Que en Africa convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.
» La lanza ya blande
El árabe cruel, y hiere al viento;
Llamando á la pelea
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.
» Cubre la gente el suelo;
Debajo de las velas desaparece
La mar; la voz al cielo
Confusa y vária crece;
El polvo roba el día y le obscurece.
» ¡Ay! que ya presurosos
Suben las largas naves; ¡ay! que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden,
» El Eolo derecho

Ira y rabia infundiendo en las voraces
Y más que nunca ensangrentadas haces.

MUERTE.

¡A cuántos ¡ay! delante se le ha puesto
Entre una negra nube encapotada
La imágen de la muerte irrevocable,
De opio y adelfas mustias coronada,
Pálida la color, airado el gesto,
Medio arrastrando un luto miserable!
La cual con hoz sangrienta, formidable,
Más que nunca veloz, ha descargado
Su brazo no cansado;
Al que hiere, de horror se atemoriza,
Los dientes cruje, el pelo se le eriza,
Palpita el corazón, y al fin helado,
El curso de sus días desaparece,
Cual humo ante Aquilon se desvanece.

TROVAS.

TROVA PRIMERA.

EL BORRACHO.

Folgaba un buen mendigo
Con una bota hurtada en la ribera
Del Tórmes, sin testigo;
El río sacó fuera
Su gáznate, diciendo con voz fiera:
« De malos tragos goces,
Injusto bebedor, que sin sentido
Al agua tiras cocces,
Y con lo que has vertido,
De vergüenza y de zupia estás teñido.
» Tan sedienta porfía
Tendrá su acabo; y esa bota hermosa,
Que no verás vacía,
¡Para tí cuán llorosa
Será, y á tus costillas cuán costosa!
» Borrachez, iras, guerras,
Manta y vapulamiento, fieros males,
Entre tus brazos cierras
Con tus tragos mortales
A tí y á estas tus posas naturales.
» Una fuerte tollina
A tu espalda vendrá, y á lo que baña
La region convecina
Con humedad extraña
En aquella espaciosa y gran campaña.
» Que ya la tabernera,
De quien la bota ha sido, á la venganza
Llama una turba fiera
De pillos sin crianza,
En quien para pescarte no hay tardanza.
» Oye que un cuerno toca
Con temeroso són, cual trompa fiera,
Con que á la lid convoca
La tropa vil y fiera,
Que á buscarte y tundirte va ligera.
» Mira cómo vocea
La tabernera infiel, y hiere el viento,
Cómo bufa y pateá;
Innumerable cuento
De pillos juntos miro en un momento.
» Cubre la chusma el suelo;
La piedad á sus piés desaparece;
La gritería al cielo
Confusa y vária crece,
Y como cuba cada cual se mece.
» ¡Ay! que ya presurosos
Tienden las largas zancas; ¡ay! que extienden
Látigos rigurosos
A los aires, que encienden
Los vigorosos brazos con que hienden,
» Un pillo contrahcecho

Hinche la vela en popa, y larga entrada
 Por el Hérculeo estrecho
 Con la punta acerada,
 El gran padre Neptuno da á la armada.
 »Ay triste! y aún te tiene
 El mal dulce regazo, ni llamado
 Al mal que sobreviene
 No acorres? ¡Ocupado
 No ves ya el puerto á Hércules sagrado?
 »Acude, acorre, vuela,
 Traspasa el alta sierra, ocupa el llano;
 No perdones la espuela,
 No des paz á la mano,
 Menea fulminando el hierro insano.
 »Ay, cuánto de fatiga!
 ¡Ay, cuánto de dolor está presente
 Al que viste loriga,
 Al infante valiente,
 A hombres y caballos juntamente!
 »Y tú, Bétis divino,
 De sangre ajena y tuya amancillado,
 Darás al mar vecino
 ¡Cuánto yelmo quebrado!
 ¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado!
 »El furibundo Marte
 Cinco veces las haces desordena,
 Igual á cada parte;
 La sexta ¡ay! te condena
 ¡Oh cara patria! á bárbara cadena.»

MADRIGAL.

EL FIRME AMOR.

Miré, señora, la ideal belleza,
 Guiándome el amor por vagarosas
 Sendas de nueve cielos,
 Y absorto en su grandeza,
 Las ejemplares formas de las cosas
 Bajé á mirar en los humanos velos,
 Y en la vuestra sensible
 Contemplé la divina inteligible.
 Y viendo que conforma
 Tanto el retrato á su primera forma,
 Amé vuestra hermosura,
 Imágen de su luz divina y pura,
 Haciendo, cuando os veo,
 Que pueda la razon más que el deseo.
 Y pues por ella sola me gobierno,
 Amor, que todo es alma, será eterno.

LETRILLA DE ESPINEL.

EL TEMOR.

Mil veces voy á hablar
 A mi zagala;
 Pero más quiero callar
 Por no esperar
 Que me envíe noramala.
 Voy á decirle mi daño;
 Pero tengo por mejor
 Tener dudoso el favor
 Que no cierto el desengaño;
 Y aunque me suele animar
 Su gracia y gala,
 El temor me hace callar,
 Por no esperar
 Que me envíe noramala.
 Tengo por suerte más buena
 Mostrar mi lengua á ser muda;
 Que estando la gloria en duda,
 No estará cierta la pena;
 Y aunque con disimular
 Se desiguala,
 Tengo por mejor callar,
 Por no esperar
 Que me envíe noramala.

Tu bota tiene ya medio atisbada;
 Para ti va derecho,
 Y con la mano alzada
 A los otros mostró la bota hurtada.
 »Ay pobre! ¡y te entretiene
 El garbo de esa bota, ni llamado
 Al mal que sobreviene
 No acudes? ¡Circundado
 No te ves de ese ejército malvado?
 »Aprisa, bebe, cuela
 Y pasa ese licor al vientre vano:
 Bebe sin que te duela;
 No des paz á la mano,
 Y un trago en otro trago escondé ufano.
 »Ay, cuánto de fatiga
 La saña de esos pillos inminente
 Causará á tu barriga,
 Al opuesto occidente,
 A cabeza y espaldas juntamente!
 »Y tú, Baco divino,
 En tu sangre purpúrea enalmagrado,
 Dirás por el camino:
 ¡Cuánto jarro quebrado!
 ¡Cuánto cuerpo de zorros derrocado!
 »El vino en toda parte
 Todos cinco sentidos desordena;
 No vale ingenio y arte,
 Y todo lo condena
 De un letargo á la estúpida cadena.»

TROVA II.

Miré, Juliana, tu sin par franqueza,
 Guiándome el amor por sus astrosas
 Calles, muerto de celos;
 Y absorto en tu destreza,
 Del Conejal las chulas mas famosas
 Bajé ayer á mirar con Ciempozuelos,
 Y en tu parte visible
 Contemplé un acomodo el más plausible;
 Y viendo que conforma
 Tu trato de aquel barrio con la norma,
 Cargué con tu figura,
 Que mis aumentos más y más procura,
 Y hace en lo que no veo,
 Que más que la razon pueda el deseo.
 Y así, si por tí sola me gobierno,
 Todo el ascenso mio será Cuerno.

TROVA III.

Mil veces voy á apurar
 Mi gran bota;
 Pero más quiero parar
 Que no mirar
 Que al fin me quede sin gota.
 Cuento á mi bota la grasa,
 Y la sed que hay en mi pecho;
 Mas me paro á mi despecho,
 Y á mi beber pongo tasa;
 Y aunque me suele animar
 Que ella es grandota,
 El temor me hace esperar,
 Por no mirar
 Que al fin me quede sin gota.
 Tengo por suerte más buena
 Beber agua tras pepino,
 Que ver no me queda vino
 Para despues de la cena;
 Que ella, de tanto soplar,
 Al fin se agota;
 Y así es mejor ayunar,
 Que no mirar
 Que al fin me quede sin gota.

MADRIGAL DE LUIS MARTIN.

EL AMOR SATISFECHO.

Iba cogiendo flores,
 Y guardando en la falda
 Mi ninfa, para hacer una guirnalda;
 Mas primero las toca
 A los rosados labios de su boca,
 Y les da de su aliento los olores;
 Y estaba, por su bien, entre una rosa
 Una abeja escondida,
 Su dulce humor hurtando;
 Y como en la hermosa
 Flor de los labios se halló, atrevida
 La picó, sacó miel, fuése volando.

CANTILENA DE VILLEGAS.

DE UN PAJARILLO.

Yo vi sobre un tomillo
 Quejarse un pajarillo
 Viendo su nido amado,
 De quien era candillo,
 De un labrador robado.
 Vile tan congojado
 Por tal atrevimiento,
 Dar mil quejas al viento
 Para que al cielo santo
 Lleve su tierno llanto,
 Lleve su triste acento.
 Ya con triste armonía,
 Esforzando el intento,
 Mil quejas repetía;
 Ya cansado callaba,
 Y al nuevo sentimiento
 Ya sonoro volvía;
 Ya circular volaba,
 Ya rastrero corria,
 Ya pues de rama en rama
 Al rústico seguía,
 Y saltando en la grama,
 Parece que decía:
 « Dame, rústico fiero,
 Mi dulce compañía.»
 Y á mí, que respondía
 El rústico: «No quiero.»

ENDECHAS DE FIGUEROA.

¡Bella zagaleja,
 Del color moreno,
 Blanco milagroso
 De mi pensamiento;
 Gallarda trigueña,
 De belleza extremo,
 Ardor de las almas,
 Y de amor trofeo;
 Siave sirena,
 Que con tus acentos
 Detienes el curso
 De los pasajeros!
 Desde que te vi
 Tal estoy, que siento
 Preso el albedrío
 Y abrasado el pecho.
 Hasta donde estás
 Vuelan mis deseos,
 Llenos de afición,
 Y de miedo llenos,

TROVA IV.

Iba mi Ines cazando
 Las pulgas que en verano la dan brega,
 Su blanca tez de púrpura pintando;
 Mas primero las llega
 Al cándido marfil de su uña fuerte,
 Y con ambos pulgares las da muerte;
 Y estaba, por su mal, en la costura
 De su blanca camisa
 Una redonda chinche, gruesa y lisa,
 Y como en la apretura
 De su uña la pilló, con gran denuedo
 La mató, olióla mal, limpióse el dedo.

TROVA V.

Yo vi á un picaronazo,
 La bota bajo el brazo,
 En tanto que cenaba;
 Y nunca la soltaba,
 Que no le era embarazo.
 Su mujer le rogaba,
 Llorando de continuo,
 La dé á probar el vino,
 Que toda se añuzgaba;
 Y él bebía y callaba.
 Ya por otro camino
 Un trago le pedía,
 Diciéndole que haría
 Un grande desatino
 Si no la socorria;
 Y él callaba y bebía.
 Ya dice, hecha una fiera:
 «¿Quieres que haya quimera
 Por tu bruta avaricia,
 Y sea la vez primera
 Que venga la justicia,
 Y al ver tan grande exceso
 Y al ver tal desaliño,
 Te lleven, bribon, preso?»
 Ya, en fin, con más cariño,
 Coge en brazos el niño,
 Que tiene de mantillas,
 Y puesta de rodillas,
 Los ojos en la bota,
 Le decía devota:
 «¡Por la Virgen María,
 Que me des una gota!
 Por esta prenda mia
 Y tuya, un trago espero;
 Mira que, si no, muero
 De pena tan impia.»
 Pero la respondía
 El pícaro: «No quiero.»

TROVA VI.

¡Llena y ancha bota
 De color moreno,
 Blanco milagroso
 De mi pensamiento;
 Archivo que encierras
 El licor añejo,
 Ardor de las almas,
 Ardor de los cuerpos;
 Que con tu olor solo
 Darás vida á un muerto,
 Y más si estan cerca
 Friendo torreznos!
 Desde que te vi
 Tal estoy, que siento
 Seca mi garganta
 Y hecho esponja el pecho,
 Hasta donde estás
 Vuelan mis deseos,
 Llenos de substancia,
 De esperanza llenos,

Viendo que te ama
 Más digno sujeto,
 Dueño de tus ojos,
 De tu gusto cielo.
 Mas ya que se fué,
 Dando al agua remos,
 Sienta de mudanza
 El antiguo fuero.
 Al presente olvidan;
 Y quien fuere cuerdo,
 En estando ausente,
 Téngase por muerto;
 Y pues vive el tuyo
 En extraño reino,
 Por ventura esclavo
 De rubios cabellos,
 Antes que los tuyos
 Se cubran de hielo,
 Con piedad acoge
 Suspiros y ruegos.
 Permite á mis brazos
 Que se miren hechos
 Hiedras amorosas
 De tu airoso cuerpo;
 Que á tu fresca boca
 Robaré el aliento,
 Y en tí transformado,
 Moriré viviendo.
 Himeneo haga
 Nuestro amor eterno;
 Nazcan de nosotros
 Hermosos renuevos.
 Tu beldad celebren
 Mis sonoros versos,
 Por quien no te ofendan
 Olvido ni tiempo.

ROMANCE DE ESQUILACHE.

Una zagaleja,
 Que nació en la Sagra,
 Y dejó su pueblo,
 De matar cansada,
 Vino á Manzanares,
 La fiesta de Pascua,
 A probar venturas
 Y á traer desgracias,
 Como si faltasen,
 Cuando todo falta,
 Pesares sin cuento,
 Desdichas sin tasa.
 Yo la vi en el baile,
 Que Anton la miraba
 Aun con más cuidado
 Del con que ella baila.
 De estar tan torcidos
 Dicen que es la causa
 Que Anton se la jura,
 Y ella se la guarda.
 Cuando sueltos corren
 Celos en el alma,
 No hay humo tan fuerte
 Ni mujer tan brava;
 Y una condicion
 Tan libre y tan vana,
 Dejada se ofende,
 Querida se cansa.

SONETO.

Era invierno, y las horas del sosiego,
 Cuando Fabio, durmiendo descuidado,
 Soñaba que era estío, y que abrasado
 Se vió de la canícula y su fuego.
 Sueña que á un limpio estanque se va luego,
 Y de enojosa ropa despojado,
 Se entra en el baño dulce y regalado,
 Que le refrigeró con blando riego.

Viendo que te embisté
 Más digno sujeto,
 Dueño de tus tragos,
 De tu gusto dueño.
 Mas ya que se ha ido
 Por los pies al suelo,
 Sintiendo en su chola
 Bien raros efectos,
 A tu dueño olvida,
 Pues le ves durmiendo;
 Y el que un zorro coge,
 Téngase por muerto.
 Y pues está ahora
 Con el santo al cielo,
 Por ventura esclavo
 De tu rico imperio,
 Antes que se acabe
 Tu licor selecto,
 Con piedad acoge
 Mi sed y mis ruegos.
 Permite á mis brazos
 Que se miren hechos
 Los empinadores
 De tu airoso cuero;
 Que á tu dulce boca
 Robaré el aliento,
 Y una misma vida
 Los dos viviremos.
 El gran Baco haga
 Este trago eterno,
 Y vénganme ganas
 De dormir corriendo;
 Que tu virtud, bota,
 Celebraré en sueños,
 Sin que me lo estorben
 Ni el frío ni el hielo.

TROVA VII.

Una bota llena
 De leche de parras,
 Que dejó su cuba,
 De encierro cansada,
 Llegó á la Aldehuela,
 La tarde de Pascua,
 A probar ventura,
 Y ella á ser probada.
 Como si faltasen
 En tarde tan amplia
 Pellejos sin cuento,
 Botijos sin tasa.
 Yo la vi derecha,
 Que Anton la miraba
 Con mayor cuidado
 Que un majo á su maja.
 De echarla los ojos
 Dicen que es la causa
 Que Anton la acomete,
 Y ella le aguardaba,
 Y boca con boca
 Los dos se agarraban;
 Y diz que en la lucha
 El Anton triunfaba;
 Y aunque era una bota
 Como una tinaja,
 Probada se afloja,
 Bebida se cansa.

La frialdad del agua placentera
 Conoce que del pecho enardecido,
 Poco á poco el calor le echaba fuera.
 Despierta en esto, torna en su sentido,
 Y ve que, á efecto de su borrachera,
 En un gran lodazal se halla tendido.

APÓLOGOS.

EL ABUSO RANCIO, Ó EL CANGREJO.

También, como en los hombres, en los brutos
 Aquella que es de la ignorancia madre
 Extiende sus dominios absolutos.
 Yo no diré quién fué su abuelo ó padre,
 Ni tomaré su alcurnia muy de lejos;
 Mas solo un cuento que á su esencia cuadre.
 Entre la turba vil de los cangrejos,
 Que habitan en las húmedas guareñas,
 Formando su república y concejos,
 Cruzando arroyos y saltando peñas,
 Aportó á un arroyo un celebrado
 Cangrejo, gran viajero por las señas.
 Era anciano de edad, rostro afilado,
 De vivos ojos y mirar honesto,
 Cetrino en el color y descarnado;
 Cuidadoso, sagaz, sabio, modesto,
 Amigo de ver mundo, y que solía
 Viajar con tan solícito pretexto.
 En cada lago estaba más de un día;
 Y éste por sus ojos fué testigo
 De los abusos que en el vulgo había.
 Trató á un novel cangrejo como amigo,
 Y á petición del jóven inocente,
 Para otras tierras lo llevó consigo.
 Instruyóle en lo que era concerniente
 Al rapaz, su talento y su nobleza,
 Y á elegir lo mejor como prudente.
 Díjole que era abuso y gran torpeza
 El andar hácia atrás, que repugnaba
 Al uso que dictó naturaleza.
 El cangrejillo jóven, que observaba
 Del anciano el precepto, dió de codo
 Al recular á que enseñado estaba;
 Y andando hácia delante, de tal modo
 A ejemplo se enseñó de su maestro,
 Que andar atrás se le olvidó del todo;
 Y en el agua cortar salió tan diestro,
 Que con facilidad, en pocas horas,
 De un mar burlaba el impetu siniestro.
 Pero en esto las Parcas, hiladoras
 De nuestras vidas, la del sabio anciano
 Robaron, y quedaron triunfadoras.
 ¡Inesperado golpe! ¡hecho inhumano
 Para el jóven cangrejo, su esperanza
 Viendo burlada en tiempo tan temprano!
 Pero ¡qué brazo á resistir alcanza
 El decreto del hado? En tan gran pena,
 Mares de llanto y de suspiros lanza.
 En fin, viéndose solo en tierra ajena,
 En su patria pensó buscar consuelo
 Al dolor que el sentido le enajena.
 De un río en otro, pronto más que un vuelo,
 Segun para adelante ágil andaba,
 Al regato arribó del patrio suelo.
 Ya la nativa playa saludaba,
 Cuando á su voz salieron sus paisanos;
 Que ya su patria verle deseaba.
 Alegráronse en verle sus hermanos
 Cuerdo y sagaz, y en casa le metieron,
 Dándose con placer las largas manos.
 Pero á bien pocos días advirtieron
 Que hacía atrás el cangrejo nunca andaba,
 Y á encanto ó mal agüero lo tuvieron.
 Uno y otro al principio le burlaba
 Su recto caminar; y él, como sabio,
 Juzgó que con callar los impugnaba.
 Tuvo en fin por un comun agravio
 Su invencion nueva y recta, y en su ofensa
 No quedó en su region cerrado un labio.
 Quién acusarle al magistrado piensa,
 Quién darle muerte, quién en su concepto
 Piensa expelerle de la turba inmensa.
 En fin se decretó para este efecto
 La turba cangrejl se congregase,
 Que del bien comun mira lo más recto,
 Cada cual por sus canas y su clase

Se sentó en el augusto parlamento,
 Sin que el jóven cangrejo en él entrase.
 Su causa allí por via de argumento
 Se trató con farrago y distinciones
 Frias y de poquisimo momento.
 Pero como á las tesis y razones
 De que el reculon uso se guardará,
 Nadie impugnó con gritos ni espolones;
 El presidente juez, con leda cara,
 Dijo que á burla el caso se dejase,
 Y que al novel cangrejo se intimara
 Que para atrás, cual todos, reculase,
 Sin osar replicar, ó que del lago,
 Como á vil corruptor, se le arrojase.
 El cangrejillo, viendo el fiero amago,
 Sin uno en su favor, y que podía
 Venir sobre él aun más terrible estrago,
 Entre sí, «reculemos», se decía;
 Y por más que con fuerza lo intentaba,
 Volver atrás un paso no podía.
 De su sabio maestro se acordaba,
 Y en invocarle ronco se fatiga,
 Que, como muerto ya, no le escuchaba.
 Así á quien todo un vulgo contradiga,
 Y los que de él tenidos son por sabios,
 Aunque uso más perfecto abraza y siga,
 Descargará sobre él lluvias de agravios.

APÓLOGO II.

EL ÁGUILA Y LA ZORRA.

Viendo una vez el águila valiente
 Que con su astucia la falaz raposa
 Lograba aplauso en la plebeya gente,
 Un chasco quiso darla: industriosa
 La dijo: «Si tu humor lucir quisieres
 En una fiesta sin igual pomposa,
 »Y á los cielos conmigo te vinieres
 A asistir á unas bodas, en su esfera
 Por tu humor te han de hacer dos mil placeres.»
 Respondió la raposa: «Bien quisiera;
 Pero ¿cómo podré subir arriba,
 Sin que un carro volante se me hiciera?»
 El águila cual nunca compasiva
 Se fingió, y dijo: «Fia en mi cuidado,
 Si tu dificultad en eso estriba;
 »Pues asida á mis hombros, ó á mi lado,
 Verás que en ligereza á mi te igualas,
 Y que el subirte queda á mi mandado.»
 Dijo; y tendiendo las robustas alas,
 Asió de la raposa, y altanera
 Se alzó con ella á las etéreas salas.
 Y estando de la luna ya en la esfera,
 El águila acordó los agravios
 Que de la zorra recibido hubiera;
 Y díjola con atrevidos labios:
 «Si contigo, oh raposa, yo guardase
 De maligna los improbos resabios,
 »Sólo con que caer hoy te dejase
 Desde esta altura quedaria vengada,
 A no ser mi nobleza de otra clase.»
 Entonces la zorrilla, amedrentada,
 Empezó á maldecir su vano anhelo
 De querer á otra esfera ser alzada;
 Y entre sí dijo, llena de recelo:
 «Si de este trance escapo con la vida,
 No quiero, no, más bodas en el cielo.»

APÓLOGO III.

LA VERDAD VESTIDA.

Amable un tiempo, cuando Dios queria,
 Reinando la Verdad con cetro de oro,
 Rigió del orbe la ancha monarquía.
 Con ella siendo en público decoro
 Fiel esposa del claro Entendimiento,
 Gozaba el mundo su mayor tesoro,